GUIÑOS DEL MUNDO

El Fin de Una Ilusión

Por CARLOS ESPLA.

Garry Davis desea recobrar su ciudadanía norteamericana. Así lo ha solicitado, hace pocos días, del Procurador General de los Estados Unidos. Garry Davis es aquel joven aviador yanqui que, después de haber tomado parte en gran número de bombardeos aéreos sobre Alemania, una vez llegada la paz, se presentó cierto día en la Embajada de su país en Francia, renunció a la ciudadanía norteamericana, entregó el pasaporte que la acreditaba y se proclamó "Ciudadano del mundo". De un mundo ideal, sin fronteras. Esto ocurría en el mes de marzo de 1948. Garry Davis aspiraba a organizar una "sociedad planetaria" en la que todos los hombres pudieran "vivir en armonía y dentro de una paz creadora". El gesto de Garry Davis causó en aquel momento gran sensación, sobre todo en Europa, en el viejo continente estremecido, aún por el horror de la guerra y anhelante de paz. Algunos intelectuales franceses expresaron su simpatía por Garry Davis y éste, al poco tiempo, se vió rodeado por una multitud de entusiastas partidarios de su generosa idea. Pero, ya se sabe: nada atrae tanto a los iluminados como esos dos grandes hechos humanos: la paz y la guerra. Hoy en la tierra —no siempre en libertad, por cierto— unos hombres delirantes que suelen creerse, generalmente sin motivo alguno, apóstoles de la paz o rayos de la guerra. Y así, desde el primer momento, abundaron los de tal condición entre los resueltos partidarios de Garry Davis, quien no tardó en verse rodeado de hombres extraños, delgados, melenudos, de ojos ardientes, vestidos algunos con túnicas, calzando otros sandalias, caballeros alucinados del mundo ideal soñado por Garry Davis.

Con tan singular séquito, dióse éste a organizar el movimiento pacifista mundial, y llevado de su sentido práctico típicamente norteamericano, se puso a establecer un fichero y a extender unas tarjetas de afiliados. La primera tarjeta de "Ciudadano del mundo" se la extendió Garry Davis a sí mismo. De tal modo aplicaba al ambicioso ideal planetario la técnica de la organización moderna de oficinas. Garry Davis obtuvo la condición de refugiado en Francia como apátrida, hombre sin patria, él que del globo entero hacía la suya. Y cuando las Naciones Unidas celebraron su asamblea en el Palacio Chaillot de la capital francesa, Garry Davis se instaló en la escalinata del magnífico edificio, como lugar en que se realizaba la soñada territorialidad mundial. Mucho costó arrancar al primer ciudadano del mundo de aquellos ilustres y simbólicos escalones y obligarlo a que se fuera a dormir al modesto hotel donde tenía tomada habitación. Por fin, lo consiguieron los guardias, que, por ironía, se llaman en París "de la paix". Pero otras rebeldías e infracciones llevaron más tarde a Garry Davis a las comisarías de policía, seguido por unos ardorosos secuaces, dispuestos a compartir su arresto, y aun su martirio, al que, por ventura, no se llegó.

Pero el primer Ciudadano del Mundo se declaró "desilusionado" de las Naciones Unidas y se dispuso a marchar a Alemania, a la sazón "punto neurálgico" del planeta, según manifestó. Con pantalón de gabardina y camisa caqui, mochila a la espalda y máquina de escribir en la mano —singular atuendo de apóstol—, Garry Davis emprendió el viaje a pie. Practicó también el "autostop", y así pudo llegar a la frontera franco-alemana. Los policías franceses lo dejaron salir y los alemanes no lo dejaron entrar. Y el primer Ciudadano del Mundo hubo de quedarse en mitad del puente de Khel, sobre el Rin, donde permaneció cuatro días y cuatro noches, al cabo de los cuales tuvo que ser hospitalizado en Estrasburgo. "Mi cuerpo —dijo— ha sido más débil que mi espíritu." En el puente de Khel quedaron, sin embargo, algunos extraños discípulos del apóstol, de los que yo no he vuelto a tener noticias.

Otras cuitas afligieron a Garry Davis en sus andanzas, hasta que, por fin, maltrecho y desengañado, decidió regresar a la patria que antes desdeñara. Como Ciudadano del Mundo no le eran ciertamente ajenos los Estados Unidos, que del mundo forman parte. Se embarcó, pues, como apátrida incluido en la cuota de inmigración correspondiente a Francia. El regreso a su antigua patria recordaba en cierta forma el de don Quijote a su aldea, tendido sobre un montón de heno, en una carreta de bueyes —convertida en su caso en cómodo trasatlántico— tras de haber luchado descomunal batalla con molinos de viento y haber sido molido y derrotado por yangüeses, malandrines y encantadores. Dificultades e historias tuvo el Ciudadano del Mundo, al llegar a Nueva York, con las autoridades de inmigración, como el caballero manchego las tuviera con el cura y el barbero. Luego se habló de que Garry Davis iba a casarse —y, en efecto, se casó— con una artista de cine, moderna, Dulcinea de Hollywood, Toboso de celuloide. El hombre, que quiso quitar confines al mundo, se los puso a su vida familiar, formando un hogar, aunque cinematográfico. Pese al regreso, a la decepción y al matrimonio, Garry Davis quiso conservar aún la

(Pasa a la novena plana)

A.P.C.E.
SIG.: 1.2F/1171

El Fin de Una Ilusión...

(Viene de la cuarta plana)

ciudadana del mundo y siguió en su antigua patria predicando la paz y la armónica sociedad planetaria. Acaso con alguna incongruencia geográfica, pues cuando la guerra estalló en Corea, él marchó a predicar la paz a Haití, donde por lo visto, ha encontrado otros extraños idealistas como los que le siguieron en París, aunque de color más obscuro.

Pero ahora, al volver de Haití, Garry Davis ha hecho público ya su propósito de renunciar definitivamente a la ciudadanía del mundo y recobrar la norteamericana, si se la conceden. Cree que su hoja de servicios en la guerra, bombardeando ciudades alemanas, además de su nacimiento en los Estados Unidos, pueden ser considerados como méritos para recobrar la nacionalidad a la que voluntariamente renunció movido por un elevado ideal.

Garry Davis está desengañado del mundo. La instancia dirigida al Procurador General de los Estados Unidos solicitando de nuevo su antigua nacionalidad es un documento de desgarradora melancolía. Marca el fin de una gran ilusión. Garry Davis quiso un mundo sin fronteras, y hoy vuelve a levantar, con papel timbrado, las de su propia patria.

Si recobra su condición de norteamericano, como ciudadano que paga impuestos y puede ser movilizado —o sea, todo lo contrario del Ciudadano del Mundo que él soñó—, alguna vez recordará Garry Davis su quijotesca aventura, y pensará tristemente en los peregrinos individuos que le siguieron en ella. En el mundo volverán a reinar la discordia y la guerra. Y se levantarán entre los hombres barreras fronterizas y oficinas de migración. Y nuestro globo, rojo de sangre y de fuego, seguirá dando vueltas por los espacios, sin redención. Garry Davis lo contemplará con dolor y pensará con amargura en la gran oportunidad que perdió nuestro planeta, con sólo haberle hecho caso, de convertirse en un paraíso de paz y armonía para los hombres, en un mundo sin fronteras ni rivalidades entre los pueblos. Decididamente, pensará Garry Davis, el nuestro es un mundo sin enmienda. Lo malo es que no tenemos otro.

Carlos Esplá.

El Sol de Tampico
nº 3 = 25 Nov. 50